

CRÓNICA DE UNA COMBATIENTE

4:00 a. m., se activa la alarma, mi madre sale lentamente de su cama, desactiva la alarma y prende la luz. A las afueras los grillos cantan y uno que otro perro ladra frenético a quién sabe qué. Intercambia el pijama por un pantalón blanco que acompaña con una filipina del mismo color. Su maquillaje no le falta. Cerca de las 5 de la mañana sale a prisa a tomar el primero de los 3 transportes que la aguardan. Por calles apenas alumbradas anda con miedo, ya no es sólo de los feminicidios, sino también de los crímenes de odio que la emergencia sanitaria por el coronavirus ha despertado en la población hacia el personal de la salud.

Sube al camión, las cabezas se ladean, como queriendo rehuir de la presencia del otrora ángel percibido ahora como demonio. Encuentra en la parte de atrás un asiento libre, así permanece todo el camino a pesar de que muchos van de pie, junto a ella nadie se sienta. Lo mismo ocurre en el siguiente transporte. En el tercero no pasa eso porque le negaron la subida. A pesar de que el sol ha comenzado a salir, su semblante es oscuro, triste, la blancura se ha tornado grisácea. A lo lejos se aprecia otra enfermera. Antes de que ella llegue, el olor a cloro de su ropa da los buenos días por ella. Mi madre se entera, por voz de la otra enfermera, que al estar esperando el camión junto a su casa unas personas que dice no conocer le lanzaron desde un auto el cloro sobre su ropa. Quisiera abrazarla, pero no puede, las indicaciones sanitarias son claras. Eso no importa, su palabra la envuelve y la apacha.

Al ver hacia la avenida y contra toda esperanza se deja ver un auto de colores rojos y dorados, sin pedirlo se detiene. Es un hombre mayor que lleva por protección un tapabocas de color azul, desobedece las indicaciones de la Secretaría de Salud, pero “pues hay que comer, señorita”, dice cuando le pregunta lo otra enferma que por qué no está en su casa. “Súbanse, señoritas, yo las acerco al hospital”. El tiempo las impulsa a subir, hay que llegar a tiempo, los enfermos no paran de llegar. Les ofrece gel antibacterial, dichas aceptan.

Se acercan al hospital. Ellas insisten en pagar. El hombre se niega, “ya es demasiado con lo que están haciendo por todos nosotros”. Agradecidas bajan del auto. “Sigán combatiendo, mis guerreras, que esta batalla no la podemos perder”, les dice el señor, para luego cerrar la puerta y alejarse junto con la desesperanza y el temor.

Alegre se aleja el hombre, no sólo llevó las enfermeras a un hospital, no, además de eso, les regresó la esperanza y les dio una razón más para combatir a esa enfermedad, pues en los tiempos del coronavirus cualquier muestra de apoyo o de gratitud es un aliciente que nos acerca a ganar la

batalla y, es que, ya sea por dicha o desdicha, la pandemia nos ha permitido conocer la maldad de la humanidad, pero también su bondad.